

171

La novela  
TEATRAL

ENCARNACIÓN LÓPEZ  
(DAMAYANTI)

20 cts.

LA MEJOR RAZÓN, LA ESPADA  
Comedia en tres actos  
JOSÉ ZORRILLA

Jovarr  
1920

G-F 7105



DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Para conmemorar la próxima celebración de la Semana Santa, **La Novela Corta** consagrará un número extraordinario a las *Parábolas y Milagros de Jesús*, tan interesante por su carácter novelesco como por la imponderable belleza de su forma literaria. Estas narraciones se ajustan a los textos de San Lucas, San Mateo, San Marcos, San Juan.

# PARÁBOLAS Y MILAGROS DE JESÚS

**MILAGROS.** — Las bodas de Caná.— La hija de Jairo.— El ciego de Bartimeo.— Los panes y los peces.— Los diez leprosos.— Jesús camina sobre las aguas.— La suegra de San Pedro.— Lázaro de Bethania.— El paralítico de la piscina.— Un milagro de amor

**LAS PARABOLAS.**— El sembrador.— El hijo pródigo.— El principe y el deudor.— El fariseo y el publicano.— Los vírgenes prudentes y las necias.— El samaritano.— El rico fastuoso y el pobre Lázaro.— El trigo y la cizaña.— La viña plantada y arrendada.— La oveja descarriada.

**LOS RASGOS.** — La mujer adúltera.— Jesús entre los niños.— Jesús arroja del templo a los mercaderes.

**LAS SIETE ÚLTIMAS FRASES DE JESÚS.**— Visión preliminar de la Pasión. ¡Padre mío, perdónalos porque no saben lo que se hacen!— En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.— Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre.— ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado? — Tengo sed.— ¡Todo está consumado! — En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Este número se publicará independiente de nuestro número del sábado.

**Aparecerá el Jueves Santo**

366L  
A

# La mejor razón, la espada

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

## DON JOSÉ ZORRILLA

### PERSONAJES

DON PEDRO DE PANTOJA, joven soldado.-DON DIEGO DE CAMBOA, mercader, •DON LOPE letrado, padre de DOÑA JUANA. - DOÑA ANGELA su prima. - GUIJARRO, gracioso, y criado de Pantoja.- LEONOR, criada de doña Juana. - UN ESCRIBANO. - UN AGUACIL. - ARJONA. - EL DUQUE DE ARCOS. La escena es en Sevilla.

## ACTO PRIMERO

Salen en casa de D. Lope. Puertas a izquierda y derecha. Reja en el fondo,

Leonor y Guijarro entrando.

GUI. ¿Estás sola?  
LEO. Sí.  
GUI. ¿No hay miedo?  
LEO. No; mas despáchate aprisa no vuelva el amo de misa y nos coja en el enredo.  
GUI. ¿Y tu ama?  
LEO. En su cuarto está, llorando su desventura.

GUI. ¿Pues qué nuevo mal la apura?  
LEO. Que ha dado a don Lope ya el duque de Arcos licencia para poder desde luego desposarla con don Diego.  
GUI. ¡Qué dices! Eso es demencia.  
LEO. La purísima verdad es lo que digo a fé mía.  
GUI. Pásela por tal tu tía.

R. 83603

C.B. 1132508  
t. 105512

que para mi es necesidad.  
 ¿Mas no la podremos ver?

LEO. Es imposible, que siento que de uno en otro momento debe su padre volver. Y es fuerza que esta mañana se lo advierta a tu señor.

GUI. Pues ten por cierto, Leonor, que te echa por la ventana: porque Pantoja, mi dueño, como sabes, es un hombre del demonio, y dánle el nombre de Satanás el pequeño; y no le dijera yo eso que me dices tú por la plata del Perú.

LEO. ¡Lindo mandria! ¿Y por qué no? Yo tengo cierto papel que le escribe doña Juana.

GUI. Hablaras para mañana; si lo tienes, dígalo él.  
 (Le da un papel.)

LEO. Y a mí también me han trato, Guijarro, otro casamiento.

GUI. Siempre estimaré tu aumento. ¿Es de don Diego el criado?

LEO. Ese mismo; pero yo solo a mi Guijarro quiero, y con él casarme espero.

GUI. Con la frente ¿por qué no? ¿Yo casarme? ¿Estás en tí?

LEO. ¿Pues no te vendrá muy ancho?

GUI. Pues por eso no me ensancho; no es lo ancho para mí.

LEO. Pues dí, picaro, bribón, ¿por qué casarte no quieres?

GUI. Porque todas las mujeres tenéis mal de corazón.

LEO. No se entiende eso conmigo, que soy doncella y honrada.

GUI. Si fueras como mi espada, que no lá ha entrado enemigo, fuera gran merced de Dios.

LEO. Fuera de las once mil, no hay doncella más gentil,

GUI. Eso veremos los dos, cuando yo, si pierdo el juicio cometa el tremendo error de admitirte, Leonor.

LEO. Parece que hablas de vicio, mas por vida de mi madre...

GUI. (Interrumpiéndola.)  
 Fué ella una santa mujer.

LEO. Que te tengo de poner...

GUI. ¿Como ella puso a tu padre?

LEO. En la espina de la zarza

GUI. Si es parrilla, ya lo creo

LEO. ¿Te remontas, don Poleo?

GUI. No remonto, doña Garza.

LEO. Quédate para quien eres.

GUI. Quédome para quien soy.

LEO. Yo me voy para quien voy.

GUI. Vete para quien quisieres.

LEO. En mi vida te he de hablar.

GUI. En mi vida te hablaré.

LEO. Con el tiempo te pondré...

GUI. De modo que pueda arar.

LEO. No, sino que digas tú...

GUI. Que soy manso por demás,

LEO. Quédate con Barrabás.

GUI. Márchate con Belcebú.

Guijarro. Después D. Pedro Pantoja.

GUI. Ya te volverás a mí, que tus despiques entiendo, pero vámonos corriendo, no me atrape el viejo aquí.

PED. Guijarro, ¿con quién hablabas? ¿Quién contigo estaba, dí?

GUI. Ese responda por mí,  
 (Dale el papel)  
 que como guardando estabas mi espalda, dejar no quise el negocio a lo mejor.

PED. ¿Te dió este papel Leonor?

GUI. Que doña Juana te avise cosas de gusto quisiera.

PED. Novedad debe de haber; voy el papel a leer.\*

GUI. ¿No será mejor afuera?

PED. ¡Eh! (Con desprecio y leyendo luego)  
 (Lee.)  
 «Dueño mío: Mi padre quiere casarme con don Diego. Tengo pues, por acertado, que me pidas por esposa para que yo pueda declararme: esto consiste en la brevedad, y de tu resolución me harás partícipe esta noche por la reja. Dios te guarde.»  
 Dí, infame, ¿no pudieras llamarme cuando Leonor te dió este papel?

GUI. Señor, no hagamos las burlas veras. Sin levantar testimonio a esa picara, lo hacía con tal prisa, que tenía una vuelta del demonio.

PED. Algo la dirías tú, que te conozco, bribón.

GUI. En dándote un apretón, lo dás todo a Belcebú.

Salgamos de aquí de prisa,  
señor, toma mi consejo,  
que nos va a atrapar el viejo.

PED. ¿Dónde esta don Lope?

GUL. En misa.

PED. No, sin ver a doña Juana  
no me voy, viven los cielos,  
que esa carta me dió celos.

GUL. Esta noche en la ventana,  
podrás arreglarlo todo.

PED. ¡Con don Diego ha de casar!  
No, que yo lo he de estorbar.

GUL. ¿Y cómo?

PED. De cualquier modo.

GUL. Yo no le encuentro, señor.

PED. Yo sí: aguardándole a entradas  
de una calle, y a estocadas  
matándole.

GUL. Es lo mejor.  
Mas si quisieras consejo  
tomar de un amigo...

PED. Di.

GUL. Yo me quedaría aquí  
y se la pidiera al viejo:  
que pues dice doña Juana  
que la pidas por esposa,  
será diligencia honrosa.

PED. Será diligencia vana,  
pero lo haré, y si me niega  
lo que promete a don Diego...

GUL. Le sacas de casa luego,  
y pues que el amor os ciega,  
vais a que os dé testimonio  
un cura, de lo de Dios,  
y al punto cerrais los dos  
con el santo matrimonio.

PEH. Tu consejo he de tomar.

GUL. Valgo para consejero  
un potosí de dinero.  
¿Y en qué me lo has de pagar?

PED. En diez palos al contado,  
librados en la alameda.

GUL. Guarda, señor, tu moneda,  
que no estoy necesitado.

Dichos y Leonor.

LEO. Qué veo, ¿aún estás aquí?  
¿y con tu amo? Idos por Dios  
que os va a encontrar a los dos,  
don Lope.

PED. Que sea así  
deseo yo.

LEO. ¿Para qué?

PED. Para decirle aquí hoy  
que a su hija en quitarle estoy  
como él no me la dé.

LEO. Todo eso está bien, señor;  
mas si os ve dentro su casa  
va a dudar, por lo que pasa,  
de su hija en el honor.  
Va a creer que os llamó ella mis-  
que os habló y aconsejó, [ma,  
y os va a contestar que no.

GUL. Y se va a armar aquí un cisma  
que ni el del Calvo.

LEO. Mirad;  
tomad ahora las escaleras  
y andad a esperarle afuera,  
y cuando él entre, llamad.  
De este modo se consigue  
que vos hagais la desecha,  
y que don Lope sospecha  
contra nosotros no abrigue.

PED. Dices bien.

GUL. Tiene razón:

es un lince esta mujer.

PED. Vamos, pues, para volver.

GUL. (A Leonor.) Sabes más que Salo-  
[món.

Leonor. Después doña Juana.

LEO. Gracias a Dios los eché;  
creí que no se rendían,  
y ya en brasas me tenían,  
que salen de la Mercé

(Mirando por la reja.)

los de la misa de doce.

JUA. Leonor, ¿quién estaba aquí?

LEO. Vuestro Pantoja.

JUA. ¿Era él?

LEO. Sí.

JUA. ¿No avisaste?

LEO. Se conoce  
lo que os ciega vuestro amor  
aprisa le hice salir,  
que sentía ya venir  
por la calle a mi señor.

JUA. ¿Y el papel?

LEO. Se le entregué  
para el amo a su criado.

JUA. ¡Ay, Leonor, cómo he quedado  
después que mi padre fué  
con don Diego mi enemigo!  
pues mi enemigo ha de ser  
quien me procura ofender.

LEO. De tu padre es tan amigo,  
que en él se puede esperar  
un marido a letra vista.

JUA. En vano el alma conquista  
quien no la puede agradar.  
Leonor, Pantoja ha de ser  
solo mi esposo en el mundo.

LEO. ¿Tu amor será tan profundo?  
JUA. Todo lo vence el querer.  
LEO. Tenéis razón, doña Juana,  
más vale, como Pantoja,  
pobre que a mucho se arroja,  
que rico de alma villana.  
Todo es mascar matrimonios  
a la vista de la dama  
el don Diego, y de la fama,  
despreciando testimonios  
como le den los dineros  
que tenéis, no piensa avaro  
en que os comprara bien caro,  
a ser ellos verdaderos.  
Mas la prima Angela viene:  
disimulemos, señora.

Doña, Juana, Angela, Leonor.

JUA. Hola, Angela, ¿se acabó  
la misa ya?

ANG. Sí.  
JUA. Fué corta.

ANG. No fué muy larga.  
JUA. ¿Y mi padre?

ANG. Con don Diego por esotra  
puerta del jardín entró  
en el escritorio ahora.

JUA. (Ya vienen mis enemigos  
a atormentar mi memoria.)

JUA. ¿Puedo darte el parabién?  
JUA. ¿De qué, prima?

ANG. De que gozas  
en vísperas de tratado  
la certeza de ser novia.  
Tu padre, según entiendo,  
con don Diego de Gamboa,  
ese noble caballero  
que te pide por esposa,  
quiere confirmar las paces,  
con él casándote.

JUA. Cosas  
son estas que todavía  
aunque se dicen, se ignoran.

ANG. ¿Pues hay a la voluntad  
de don Lope quien se oponga?

JUA. Quien se oponga, Angela, no,  
que soy humilde de sobra  
para oponerme a mi padre;  
mas oírás de mi boca  
las razones que me asisten,  
y las causas que lo estorban.

ANG. Eso es hablar demasiado,  
prima; y a fe que me asombra  
el verte tan atrevida  
en palabras tan impropias [do  
de hija que tan honrada ha naci-

y que de humilde blasona.  
JUA. Angela, ya basta de eso;  
que esa plática enfadosa  
que me diriges a fuer  
de mi dueña o preceptor.  
tu corazón me descubre,  
y la esperanza recóndita  
que dentro de él alimentas  
aunque lo ocultas, traidora.

ANG. ¿Yo esperanza? Tú deliras,  
prima Juana, tú estás loca.

JUA. ¡Loca! ¿Pues qué haces de noche  
cuando en tu aposento a solas  
ni cierras bien tu ventana,  
ni apagas la mariposa?

ANG. Aderezo mis labores,  
y oraciones piadosas,  
rezo antes de darme al sueño  
como cristiana devota.

JUA. ¿Y escapulario no tienes  
ni imágenes en tu alcoba,  
que el cielo ver necesitas  
por las rejas? ¿o es que oras  
ante la faz de la luna,  
y a las estrellas te postras  
como dicen que lo hacen  
los sectarios de Mahoma?

ANG. ¿Prima, qué dices?

JUA. Escúchame,  
prima Angela, que nosotras  
las mujeres ya nacemos  
entendiendo de estas cosas.  
Tú acechas desde tu reja  
todas las noches la hora  
en que a hablarme por la mía  
viene mi galán Pantoja.

ANG. Yo acechar... ¿y para qué?

JUA. Eso es lo que me acomoda  
preguntarte: ¿es que lo haces  
de atrevida o de envidiosa.

ANG. ¡Yo de envidia!

JUA. Ya te entiendo,  
prima Angela; tú le adoras  
en silencio, y nos escuchas  
de sentida o de celosa.

ANG. Pues bien, es cierto; os escucho  
desde mi ventana propia,  
mas como muro a su audacia  
y de tu honor defensora.

JUA. Guardad, prima, tu defensa  
para otra ocasión más próspera,  
que bien mi honor se defiende  
de quien a mi honor no osa.

ANG. Don Pedro es un libertino.

JUA. En lenguas murmuradoras.

ANG. Es un galán de costumbre  
y galanteador de todas,

JUA. Porque no quiso a ninguna  
de las que obsequió hasta ahora.

ANG. Porque todas le evitaron  
por su audacia licenciosa.

JUA. Porque darían camino  
para su licencia todas.

ANG. Tú sola eres pues la santa.

JUA. No, la honrada soy yo sola,  
y en la que honor ven los hombres  
no atentar nunca a su honra.

ANG. Contigo solo es cortés  
quien fué osado con las otras.

JUA. Yo con decoro le escucho,  
y él con decoro me adora.  
Que nadie quiere perder  
la buena opinión que goza,  
y quien honor ve en su dama  
con honor siempre se porta.

ANG. Muy filosófica estás.

JUA. Y tú en extremo celosa.  
Y en fin, ya ves y ya sabes,  
ya te he dicho y ya te consta  
que adoro, que estimo y quiero  
a don Pedro de Pantoja.

Ya ves que él me quiere a mí  
con pasión íntima y honda:  
y si mi padre se empeña  
en que la mano de esposa  
le dé a su amigo don Diego,  
resuelta, aunque respetuosa,  
le dire: Padre, yo le amo;  
o él o nadie.

ANG. Y sin demora  
te contestará don Lope,  
pues o de don Diego, o monja.

JUA. Y me encerraré en el claustro  
con su amor y su memoria. (Vase.)

Doña Angela, Leonor,

ANG. ¡Cuán verdadero es su amor!

LEO. En verdad que lo es, señora,  
como es de clara su lengua  
y la razón que la abona,

ANG. ¿Tú también? Tú la haces capa  
de su amor, encubridora.

Pero yo haré que don Lope  
pronto en la calle te ponga.

LEO. ¿Vos haréis tal? ¡Vaya en gracia!  
¿A que el refrán corrobora  
de que te echará de casa  
quién vendrá de fuera?

ANG. ¡Hola!

deslenguada, ¡me replicas!

LEO. Señora primita, oiga.  
Vos a don Pedro queréis,  
y él a vuestra prima adora:

yo llevo y traigo sus citas  
y sus cartas amorosas;  
más pues voís sois forastera  
y ella está en su casa propia,  
ni quito ni pongo reina  
cuando ayudo a mi señora.

Doña Angela,

Amar sin ser de amor correspondida.  
y a quien amo mirar que a otra ena-  
(mora

pena es del corazón mal resistida,  
pena que crece cuanto en él más mora.  
Más mi esperanza aun no está perdida,  
yo seguiré su luz consoladora  
hasta su fin y arrostraré mi suerte,  
que todo es vida hasta llegar la muerte.  
Pero don Diego y mi tío  
vienen aquí; de ambos huyo. (Vase)

Don Lope, Don Diego.

LOP. Mi honor desde hoy es suyo,  
su honor desde hoy será mio.

DIE. Mi persona, hacienda y vida  
hoy a vuestros pies ofrezco,  
pues tanta dicha merezco.

LOP. Esta es cosa concluida;  
vuestra sangre de hoy, don Die-  
(go,

será blasón de la mía,  
pues reuno en este día  
mi interés con mi sosiego.  
Leonor. (Llamando.)

Dichos, Leonor,

LOP. Di a doña Juana  
que la llamo.

LEO. (Aparte.) ¡Oh letra vista!  
quién te perdiera la pista  
por la estafeta mañana. (Vase.)

Dichos, Don Diego.

LOP. Esta noche la hablaréis  
para hacer las escrituras.

DIE. Serán mis dichas seguras  
pues tal fineza me hacéis.

Dichos, Leonor,

LEO. Un tal don Pedro Pantoja  
si le concedéis licencia  
me ha dicho que quiere hablaros.

LOP. Mejor, habladora, hicieras

en negar que estaba en casa,  
más dile que entre.

(Leonor va a buscar a D. Pedro y vuelve  
con él.)

Don Lope, Don Diego, Don Pedro Pantoja,  
Leonor.

PED. Sintiera  
que mi vista os enojara.  
LIE. Si es secreto, iréme fuera.  
PED. Antes me habeis de servir.  
por vuestra mucha nobleza  
de padrino con don Lope.  
DIE. En cuanto serviros pueda  
podeis disponer de mí.  
PED. Señor don Lope, la fuerza  
o la obligación de honrado  
es en mi segunda estrella.  
Yo soy don Pedro Pantoja,  
dejo aparte la nobleza  
de mi sangre, pues la gozo  
por mi antigua descendencia  
como lo dice la fama.  
No tengo ninguna renta,  
pero tengo un alma noble,  
que fué la mayor riqueza  
que heredé de mis pasados.  
Tomar estado quisiera  
por domar la juventud  
de mi espíritu, que llega  
por su altivo natural  
a ser de naturaleza  
sino aliento de la luz  
escándalo de la tierra.  
Por esta causa, señor,  
conociendo la nobleza  
de vuestra casa, os suplico  
sin retórica elocuencia  
que me otorgueis por esposa  
a la sin par en belleza  
doña Juana, si es que puede  
mi calidad merecerla.  
LOP. Y a fé que no es de pedir la  
muy retórica manera.  
PED. Perdonad mi atrevimiento,  
que como dejé las letras  
y me precio de soldado  
os hablé de esta manera.  
LOP. Señor don Pedro Pantoja,  
holgárame muy de veras  
que me hubiérais dado parte  
antes de ahora.  
LEO. (Al paño.) Aquí es ella.  
LOP. El señor don Diego y yo  
hablamos en la materia  
diversas veces, y quiso

el que todo lo gobierna  
que yo le diese mi hija  
por mujer; y sólo resta  
el hacer las escrituras  
para que su esposa sea.  
PED. Como vos, don Diego, es llano  
que estais enseñado a ser  
caballero mercader,  
quereis ganar por la mano;  
mas esta joya que espero  
obtener yo, vive Dios  
que no es joya para vos  
aunque deis el mundo entero.  
Que como vuestros pasados  
labraron piedras, errantes,  
entendéis que estos diamantes  
se ablandan con los ducados.  
DIE. Eso es decirme ¡voto al...  
Judío.  
PED. Como gustéis:  
y pues así lo entendéis  
lo dicho, dicho se está.  
Las joyas para comprarlas  
como cumple a vuestras prendas  
allá en las públicas tiendas  
os pertenece buscarlas:  
Mujer de venta no os falte,  
pues vuestro oficio lo apoya,  
que no merece esta joya  
que vuestra sangre la esmalte.  
DIE. Que la poca cortesía  
hable con tanto descoco,  
no me espanto, porque un loco  
es necio de fantasía.  
No me podéis ofender  
con oprobio ni deshonra,  
porque siempre habla sin honra  
quien no tiene que perder.  
No agravia vuestro concepto  
a mi nacimiento honrado,  
porque un villano enojado  
a nadie guardó respeto.  
Y esta joya, de los dos  
a la par apetecida,  
aunque es joya muy lucida  
la merezco más que vos.  
PED. Menos palabra y más obra:  
y pues tan nobles mujeres  
no son para mercaderes,  
cuanto se añada nos sobra.  
Salgamos ambos afuera  
si a ello el mercader se arroja,  
y verá quién es Pantoja.  
DIE. ¿Salir con vos? necio fuera  
cuando en salir me desdoro  
con tan pobre caballero...  
PED. Pues bien, tomad en acero

lo que me pedís en otro.  
(Dale un cintarazo.)

Doña Juana. Leonor,

DIE. ¡Vive Dios que he de lavar  
con tu vida tal ultraje!  
LOP. Caballeros, en mi casa...  
DIE. Hombres como yo no nacen  
con menos obligaciones.  
PED. Pues defiéndete si sabes.  
(Don Pedro mete a don Diego a cuchilladas.  
Don Lope quiere seguirlos, y doña Angela y  
Leonor, que salen, lo detienen. Ruido de ar-  
mas dentro.)

Don Lope. Doña Angela. Leonor.

ANG. A tu edad no te conviene  
seguirlos.  
LOP. Terrible lance:  
¡en mi casa tal deshonor!  
ANG. Ellos están ya en la calle,  
y el tumulto de la gente  
los ha dividido.  
LOP. Acabe  
la vida con el dolor,  
pues el cielo quiso darme  
cuando más gusto tenía  
este pesar a mi sangre,  
a mis canas este oprobio  
y esta mancha a mi linaje.  
ANG. Mirad lo que hacéis, señor.  
LEO. Señor, no salgáis.  
LOP. Dejadme,  
que siempre el vulgo se inclina  
como bárbaro inconstante  
a sentir infamemente  
de los pechos más leales. (Vase.)

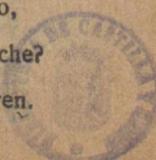
Doña Angela, Leonor, Doña Juana.

JUA. ¿Qué ruido es éste? ¿qué pasa?  
LEO. Con lindo descuido sales.  
Don Diego como un león  
bajó rodando a la calle;  
y Pantoja como un tigre  
se lo llevó por delante  
tirándole lo que llaman  
estocadas de buen aire.  
JUA. ¡Dios mío!  
LEO. Pero no temas,  
que ya les metieron paces,  
y dividióles la gente  
a cada cual por su parte.  
ANG. Bien escusados tuvieras,  
prima Juana, estos desastres,  
que al vulgo dan que decir  
y que sentir a tu padre. (Vase.)

LEO. Esta prima lleva mosca.  
JUA. Recelo que ha de causarme  
más disgustos con sus celos,  
que don Diego en empeñarse  
en lograrme por esposa.  
LEO. Por mucho que ambos se afanen,  
a la luna de Valencia  
tendrán los dos que quedarse.  
JUA. Esa prima...  
LEO. No es tercera,  
más ella caerá en el lance  
tapándola yo los ojos.  
JUA. ¿Qué haremos?  
CEO. Empandillarles  
la vista al viejo y la prima,  
y cuando el gallo cantare  
*media noche era por filo*  
y lo demás del romance.  
JUA. Más ¿si no vive Pantoja?  
¿Si mal de la riña sale?  
LEO. No temas: para un soldado  
un mercader poco vale.  
JUA. Ay, no lo sé.

Dichas. Guijarro. A la reja.

GUI. Cé, señoras.  
CEO. Ya está aquí quien nos lo trae.  
JUA. ¿Quién es? ¿Leonor?  
LEO. El criado  
de Pantoja.  
JUA. ¿Dó está? ¿qué hace  
tu amo a estas horas? ¿salió  
con fortuna de aquel lance?  
GUI. Con ayuda de mis puños  
siempre con fortuna sale:  
los dos en tres manotadas  
convertimos una calle  
en estrecho cementerio  
de cincuenta y dos cadáveres.  
LEO. ¡Jesús, con cincuenta y dos  
concluistéis!  
GUI. Y aun es fácil  
que equivoque algún guarismo  
por la prisa en rebanarles.  
Zis, zás, zis, a este y al otro.  
en poquíssimos instantes  
quedó el campo por Pantoja  
en cuanto que salí a ayudarle.  
LEO. Vamos al caso, Guijarro,  
y déjate de dislates:  
¿vendrá tu amo esta noche?  
GUI. Eso vengo de su parte  
a decirles, que le esperen.  
JUA. Así será: más mi padre



LEO. vuelve. Entrémonos, Leonor.  
 Que no nos vea, y tú márchate.  
 GUI. Adios, Guijarro.  
 LEO. Adios, Peña.  
 LEO. Ojalá el tiempo te ablande.  
 ya estoy yo de mantequilla  
 cómo te ablandas mirándote.

LEO. Pues pelillos a la mar.  
 GUI. Pues con todo al Santo Padre.  
 LEO. Adios.  
 GUI. Adios.  
 LEO. Hasta luego.  
 GUI. Dios con bien de tí me saque.

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

Patio de una casa grande que se supone formar ángulo a dos calles. En el fondo puerta que da a la una. A la derecha otra que da a la calle inmediata. A la izquierda la puerta interior de la casa y una reja de las habitaciones.—Es de noche.

Don Diego, Arjona, asomando a la puerta del fondo sin pasar el dintel.

ARJ. ¿Esta es la casa?

DIE. Esta es,  
 y aquí ese hombre ha de venir.

ARJ. Aquí pues ha de morir.  
 DIE. Si se resiste, sea pues.  
 Mas tu obligación primera  
 es detenerle hasta el punto  
 que yo llegue.

ARJ. Yo barrunto  
 que es mejor de otra manera.

DIE. ¿Cómo?

ARJ. Esperándole yo  
 en esa calle cruzada,  
 y dándole una estocada  
 segura.

DIE. Arjona, eso no.  
 Por él me desprecia a mí  
 y es preciso que le tope  
 en la casa de don Lope

la justicia, y vea así  
 esa ingrata doña Juana  
 por lo que muere Pantoja  
 y quién a darle se arroja  
 una muerte tan tirana.

ARJ. Como gustéis: menos cuesta  
 detenerle que matarle.

DIE. Yo con mi gente a atacarle  
 vendré por la calle opuesta.  
 Si ésta le impides tomar

(La del fondo.)

defendiéndola con brío,  
 no dudes que el garbo mío  
 te lo ha de recompensar.

ARJ. ¿Será pues?

DIE. Doble la paga  
 si le detienes aquí  
 hasta que me toque a mí.

ARJ. Su merced se satisfaga;  
 señor don Diego, se hará  
 como a usarced se le antoja,  
 y aquí esta noche a Pantoja

detenido encontrará.  
 DIE. Mira que es hombre pujante.  
 ARJ. A nadie en el mundo temo.  
 DIE. Me han ponderado el extremo  
 de tu valor arrogante,  
 y por eso te escogi  
 entre toda la cuadrilla.  
 ARJ. Don Diego, no hay en Sevilla  
 quien me ponga miedo a mí.  
 Ni hay bravo que se me iguale,  
 ni galán que se me huya,  
 ni lance que no concluya  
 a gusto de quien lo vale,  
 como yo en él me entrometa  
 y el precio vaya al contado.  
 DIE. ¿El precio te dá cuidado?  
 ARJ. No, basta que acé prometa.  
 Que los que cual vos por modos  
 varios, sin riesgo en su honor  
 acuden a mi valor,  
 pagan, y Cristo con todos.  
 DIE. Ea, pues, en tí me ffo,  
 Arjona.

ARJ. Fiar podéis.  
 DIE. ¿Lé hallaré aquí?  
 ARJ. Le hallaréis,  
 vivo o muerto, al lado mío.  
 DIE. Pues adios.  
 ARJ. Idos en paz.

Arjona.

¡Tanto afán para un solo hombre  
 ¡aunque fuera, por mi nombre,  
 algún tigre montaraz!  
 Más el tal Pantoja dicen  
 que hombre es que por todo  
 [arranca,  
 y que dejó en Salamanca  
 memorias que le eternicen.  
 ¡Ponderaciones serviles!  
 serán del vulgo villano!  
 zurraría a un aldeano  
 o una ronda de alguaciles,  
 y de ahí le vino la fama.  
 Mas alguien llega, me aparto.  
 (Se oculta.)

Arjona, oculto, Guijarro.

Gui. No tienen luz en su cuarto  
 la doncella ni la dama.  
 ¡Qué diablos sucederá!  
 Las calles están desiertas  
 y aún tienen así las puertas...  
 Ay, Guijarro, malo va.  
 ¡Y a mi amo que se le antoja

que avise yo su venida  
 para que esté prevenidal  
 ¡Válgate Dios por Pantoja!  
 (Andando a tientas.)  
 ¿Quién ve aquí sin ser mochuelo?  
 ¡Qué oscuridad, San Cirilo!  
 Ay, tengo el alma en un hilo  
 y me ahorcarán con un pelo.  
 ¿Y a quién daré yo el recado  
 de mi amo?... a nadie veo,  
 y me atrapan si voceo.

ARJ. (Aparte.) ¿Qué querrá aquí este  
 [embuzado?  
 GUI. ¡Hola, allí abren una reja!

Guijarro. Leonor, en la reja, Arjona, oculto.

LEO. Si doblaran por aquí  
 para avisarle... ¡ay de mí!  
 la claridad que refleja  
 de este cuarto la bujía  
 descubré un bulto allí lejos.

GUI. De la luz con los reflejos,  
 (Mirándola.)

¡Es ella!

LEO. ¡Por vida mía!  
 es Guijarro.

GUI. ¡Bueno es eso!  
 ¿En tal hora y tal lugar  
 ¿quien aquí pudiera estar  
 sino un guijarro o un queso?  
 LEO. ¿Qué, tienes frío?

GUI. ¡No es cosa,  
 y está helando! pues me gusta.  
 LEO. Habla bajo.

GUI. ¿Qué te asusta  
 LEO. Que anda al robo la raposa,  
 GUI. ¿La primita?

LEO. Y el golilla.  
 GUI. ¡Guarda, Pablo!  
 LEO. Porque hablarnos  
 no pudiérais ni encontrarnos  
 una cosa muy sencilla  
 discurrió.

GUI. ¿Cual?

LEO. El mandar.  
 que en este cuarto durmiéramos,  
 y que la calle no viéramos.  
 por do pudiérais rondar.

GUI. Pues discurrió como un pavo  
 si el patio abierto dejó.  
 LEO. Mandé al jardinero yo  
 que le abriera.

GUI. Eso es más bravo.

LEO. ¿Y tu amo?

GUI. Que os avisara  
 de que iba a venir me dijo.

LEO. Pues que no se ande proijo,  
porque tal vez le pesara.  
GUI. ¿Por qué?

LEO. Porque anda don Lope  
empeñando a doña Juana  
en que se case mañana,  
y ojalá tu amo no tope  
al novio que anda muy ancho  
buscando trazas sutiles  
con matones y alguaciles,  
y más bravo que don Sancho.  
Con que a perder la ocasión  
de esta noche, yo presiento  
que va la niña a un convento.

(Asoma Arjona)

Más oye, junto al portón  
veo un bulto.

GUI. Dios me valga.  
LEO. (Cierra la ventana).  
Corre a avisar a don Pedro.

Guijarro. Arjona.

GUI. Pues de lance en lance medro  
si se antoja en que no salga.  
Tomo por estotra calle,  
y si allí me llevo a ver  
no paro yo de correr  
hasta que en salvo me halle.  
ARJ. (Saliendo).

GUI. Hola, Hidalgo, ¿dónde va?  
A buscar una comadre,  
que está mi mujer de parto.

ARJ. ¿Tan apretado es el lance?  
que a Leonor acudía?

GUI. (Vamos, todo este lo sabe.)  
La verdad, ya que he tenido  
el honor que me escuchase  
vuesa merced...

ARJ. Bah, silencio,  
y aquí hacia mi lado apártese  
hasta que llegue don Pedro.

GUI. ¿Para que mejor me agarre  
cuando a su lado me tenga?

ARJ. Vive Dios que si no lo hace  
le voy a moler a palos.

GUI. Eso si yo me dejare

ARJ. ¿Qué haréis vos?

GUI. Ya lo veríamos

ARJ. Ea pues, la espada saque.

GUI. No, que es doncella, y por mi  
jamás ha de entrarla nadie.

ARJ. Ea, desnúdela y venga,

GUI. La puede hacer daño el aire.

AR. Venga, o por Dios que de un

[tajo...

GUI. (Ah, jah, ya de la otra calle,

di con la puerta). Dios puede  
con él, y mire compadre,  
que aunque ahora voy muy de-

[prisa.

mañana sin me que falte  
le emplazo y le desafío  
para reñir en el valle.

ARJ. ¿Qué valle?

GUI. El de Josafá,  
a las cinco de la tarde. (Vase)

Arjona.

¡Pardiez! burlóme el truán;  
más fuerza es que le alcance  
o sepa si a su amo avisa:

(Llegando a la puerta.)

y echó a la puerta el escape.

Voto a... mas ya lo encontré.

¡Ay de él como le atrape! (Vase.)

Don Pedro. Guijarro, por la otra puerta.

GUI. Señor, no entres, que aquí están.

PED. ¿Quién?

GUI. De don Diego criados.

PED. Tus pensamientos menguados  
pavura do quier te dan.

GUI. Señor, que echaron tras mí  
por ese recodo estrecho.

PED. ¿Si yo te hallé a poco trecho,  
cómo ha de ser ello así?

GUI. Porque al revolver la esquina  
te topé.

PED. Pues ya lo ves,  
no hay nadie.

GUI. Pues eran tres.

PED. Tú sí que eres un gallina.

GUI. Sí, y armé aquí una pendencia  
como tú nunca la viste.

PED. Y tú reñiste o huiste?

GUI. Juro sobre mi conciencia,  
que es conciencia de Guijarro,

que a un criado de don Diego  
que sobre mí de ira ciego

se venía el muy zamarro,  
con gran calma le esperé

y le dí tal cuchillada,  
seguida de una estocada

y un tajo que le tiré,

que a no poner con malicia  
larga distancia por medio,

le rebano sin remedio  
como a un nabo de Galicia.

Mas desafiado va,

como lo dirá esa calle,  
para el celebrado valle.

PED. ¿Qué valle?  
 GUI. El de Josafá.  
 PED. Ea, acabemos por Dios:  
 ¿en dónde nos encontramos?  
 GUI. En el patio nos hallamos  
 de doña Juana los dos.  
 PED. Oscura noche, Guijarro.  
 GUI. Y entre sus negros tapices  
 voy a perder las narices  
 de trompicón o catarro.  
 PED. Ten buen ánimo, que luego  
 volvemos a la posada.  
 GUI. Esa decisión me agrada;  
 mas si viene antes don Diego  
 con veinte o treinta criados,  
 qué haremos por esa dama?  
 PED. Ganar de valiente fama  
 muriendo aquí como honrados.  
 GUI. Hablas como buen soldado;  
 mas esa fama y honor  
 es buena para el señor.  
 pero no para el criado.  
 PED. Hombre como tú no tarda  
 en la guarda del valor.  
 GUI. La mejor guarda, señor,  
 es el Angel de la Guarda.  
 Encomiéndate a su brazo,  
 que el mío, como lo has visto,  
 es flaco.  
 PED. ¡Por Jesucristo!  
 Llegó de tu muerte el plazo  
 si andando en mi compañía  
 te acreditas de cobarde.  
 GUI. Mi espada llega muy tarde  
 de noche, mas no de día;  
 déjalo para mañana  
 y verás si tengo brío,  
 que de noche me da frío  
 como al león la cuartana.  
 Basta, señor, la pendencia  
 que en esta calle tuvistes.  
 PED. Que este es un patio dijistes,  
 y esta es la hora; prudencia,  
 pues será a la reja ir.  
 GUI. De no ir, mi consejo toma,  
 porque a ella no han de salir.  
 PED. ¿Por qué?  
 GUI. Porque hoy el golilla  
 las guardó en otro aposento  
 para quitarte de intento  
 la ronda de la chiquilla.  
 PED. Mas veo luz y sospecho...  
 GUI. (Que a palos me han de matar.)  
 PED. Que en esa reja han de estar.  
 GUI. ¡Eh, el galán se va derecho!  
 PED. Llega con voz disfrazada  
 como sueles llegar tú.

GUI. La voz tengo de esa d.  
 PED. Gallina, todo te enfada,  
 ¡y voto a!... que si me enojo...  
 GUI. Quedo, señor, ya consiento.  
 PED. Cien palos en tus espaldas,  
 que fuera lo mejor hecho.  
 GUI. De partida los tomara  
 mejor que mirarme en esto.  
 PED. Mas calla, y tente, Guijarro,  
 que ruido en la reja siento;  
 guarda esa calle, y avisame  
 si vienen.  
 GUI. Renuncio el puesto,  
 porque como son dos calles  
 y dos caminos diversos  
 no puedo atender a dos.  
 PED. Pues ponte en la esquina, necio,  
 y está atento a las dos calles  
 si no quieres que los huesos  
 te rompa esta noche yo  
 para curarte del miedo.  
 GUI. Gracias por la medicina.  
 PED. Pues ojo alerta, y callemos.  
 GUI. Calleemos, si llevas gusto.  
 Habla mientras yo calleo  
 la calle que está callando.  
 la vecindad de don Diego.  
 No doy por mi vida un cuarto.  
 (Vase.)

Don Pedro, doña Juana, Leonor, a la reja.

JUA. ¿Es Pantoja?  
 PED. Dulce dueño,  
 yo soy aquel que idolatra  
 la deidad de vuestro cielo  
 divino, al ver que es el sol  
 y esfera de los luceros.  
 JUA. Y yo, aquella que desprecia  
 cuanto encierra el universo  
 por vuestra fe y lozania  
 a impulso de un amor tierno.  
 Mas el disgusto que hubísteis  
 con mi padre y con don Diego,  
 me tiene fuera de mí.  
 PED. Fué lance forzoso, y siento  
 haberos dado pesar.  
 JUA. ¿Y qué medio intentaremos  
 para estorbar a mi padre  
 ese loco casamiento?  
 PED. Uno solo he discurrido,  
 y uno solamente encuentro.  
 JUA. ¿Cuál?  
 PED. Que os vengais conmigo  
 una noche; es el remedio  
 más fácil y más seguro.  
 JUA. ¿Irme con vos?

PED. ¿Qué hay en ello  
que os espante? soy quien soy,  
bien nacido y caballero,  
y os amo, y en un apuro  
nunca intentara ponerlos.  
Pero una vez en mi casa.  
sólo el casarnos es medio  
de callar la boca al vulgo  
y de burlar a don Diego,  
pues no ha de querer tomar  
de todo el mundo a despecho  
mujer que, tan a las claras,  
muestra a su enemigo afecto.  
JUA. ¿No hay más remedio?

PED. Yo no le hallo;  
y tiene que ser muy presto,  
porque tiene decidido  
o casaros con don Diego.  
o encerraros en un claustro.

Los mismos. Guijarro.

GUI. Señor, señor.  
PED. ¿Qué tenemos?  
GUI. Cerca de cien embozados  
la calle bajan corriendo.  
PED. ¡Estás en tí! ciento dices.  
GUI. Cincuenta son por lo menos.  
JUA. Retiraos ya, Pantoja,  
que gente en la calle siento.  
GUI. Y dentro del patio ya,  
mirarlos.

Dichos. Don Diego, Arjona y gente.

ARJ. Sí, aquí, don Diego,  
el criado de Pantoja  
estuvo tratando en eso  
con la criada Leonor.  
DIE. No cumplo con lo que debo  
a ley de noble si vive  
este enemigo soberbio  
de quien me siento agraviado.  
ARJ. Si está reducido a empeño,  
y os importa que no viva,  
bien podéis darle por muerto,  
porque al pie de aquella reja  
entre la sombra estoy viendo  
dos hombres que están parados.  
GUI. Uno, diez, noventa, ciento,  
no vi más gente en mi vida;  
señor, señor, no es el miedo;  
¿ves los bultos, ves las armas?  
PED. ¿Ves los diablos del infierno?  
JUA. Retírate, dueño mío,  
y salve tu vida el cielo.  
PED. No será sino mi espada.

si ayuda Dios a los buenos:  
quitaos vos de la reja;  
que aquí con mi brío quedo.

GUI. Bien dice, queda con brío  
doble, pues yo no te tengo.  
ARJ. En la reja están hablando.  
DIE. Sepamos quién es primero.  
GUI. Señor, a nosotros vienen.  
PED. Déjales, que ya los veo.  
ARJ. Quién va digo.  
GUI. Yo no voy,  
que estoy parado (de miedo).  
PED. ¿Quién ha de ir? Adelante,  
señores.

ARJ. El es, don Diego.  
DIE. ¡Muera Pantoja!  
ARJ. Y DEMÁS. ¡A él, muera!  
PED. Primero por este acero  
han de pasar vuestras vidas.

(Ríen.)

GUI. Conserve Dios la que tengo,  
que yo no quito las vidas  
de donde Dios las ha puesto.  
ARJ. Qué mengua, que un hombre solo  
lleve a tantos...

PED. Ea, perros,  
fuera, que nada le importan  
seis pillos a un caballero.

(Les echa de la escena a cuchilladas. Arjona,  
que es el único que se defiende, cae.)

ARJ. Muerto soy.  
UNO. Esto no es hombre,  
es un diablo del infierno.

(Huyen todos, y don Pedro les si-  
llándolos.)

Guijarro, Arjona en tierra.

GUI. Oye, señor, no me dejes  
aquí a oscuras con un muerto.  
(Mirando afuera por la puerta del tondo.)  
Válame Dios, ¿linternillas  
a estas horas? esto es hecho  
La justicia dió conmigo,  
y tras de apaleado, preso,  
pero la industria me valga  
con el difunto me tiendo,  
que según estoy, sin duda  
pasaré plaza de serlo.  
(Se tiende boca abajo junto a Arjona.)

Guijarro, Arjona, y entrando por la derecha  
un Alguacil, escribano y Ronda.

ALG Caballeros son sin duda;  
seguirlos. Pero ¡qué veo!  
Dos han quedado aquí en tierra.

Esc. Este está pasado el pecho.  
ALG. No se detenga ninguno.  
Adelante, presto, presto;  
cojamos los agresores,  
que al instante volveremos  
recoger los difuntos.  
(Vanse por el fondo)

Guijarro. Arjona.

Gui. ¿Fuéronse? sí, ya se fueron.  
Resucitemos, Guijarro,  
y aunque sea contra el miedo,  
limpiemos a este difunto  
de cuanto tiene en el cuerpo.

(Le quita a Arjona sombrero y espada, cambia su capa con la suya, y le mira las faldriqueras.)

Seco está de faldriqueras;  
capa y espada llevemos,  
pues han de ser los corchetes  
sus forzosos herederos.

(Vase por la derecha.)

Don Pedro, por el fondo. Arjona, en tierra.

Ped. Escapáronse por pies.  
¿Y Guijarro? ¡Lindo cuero!  
iríase a la posada.  
Mas al que maté busquemos,  
que no es justo que aquí le hallen  
y de la casa los dueños  
paguen lo que es culpa mía,  
y a don Lope carguen de ello.  
Y a más, pues riñó cual bravo  
será bien que al monasterio  
inmediato, sepultura  
pida yo para su cuerpo.  
Aquí está. Dios me perdona  
el haber sido más diestro  
con esta piedad te pago  
el agravio que te he hecho.  
(Carga con Arjona, que habrá quedado cerca  
de la puerta, y vase.)

Guijarro, por la derecha. Después don Pedro.

Gui. No llego esta noche a casa:  
en esa» calles pusieron  
centinelas y corchetes.  
¡Mas váleme Dios! ¿y el muerto?  
No está, no. Santa Teresa...  
mas se acercan, pasos siento.  
¿Quién es?

Ped. (Entrando.) ¿Guijarro?

Gui. ¿Qué es eso?

Ped. Que nos sigue la justicia.

Gui. ¿Sois vos, señor?  
Ped. Yo soy, necio;

¿no me ves?  
Gui. Me hacen los ojos  
candelillas.

Ped. Con el miedo.  
Gui. Te lo advertí cuando vine  
contigo de la posada.

Ped. ¿Tu no sacaste la espada?  
Gui. ¿Pues quieres tú que adivine  
de noche a dar estocadas,  
no viendo un palmo de tierra?  
Pero dejando esta guerra,  
y dejando las espadas,  
¿qué es lo que haremos?

Ped. ¡Por Dios!  
¿Qué hemos de hacer? Defender-  
[nos

Gui. ¿Los dos hemos de volvernos?  
Ped. ¿Pues no vendrán tras los dos?  
Gui. ¿Pues hay algún texto acaso  
que diga: «degollarás  
al amo, y ahorcarás  
al criado en campo raso?»

Ped. ¿Pues qué no tendrás valor  
para sufrir un tormento?

Pui. De aquí me voy a un convento  
¿Yo tormento? No señor.  
¡Lindo lazo! ¡lindo yugo!  
más quiero por lo mostrenco  
una vuelta de podenco  
que no media de verdugo.

Ped. Pues dí, infame, mal nacido,  
sin honra, dí, ¿qué serás?

Gui. Dijo Dios: «no matarás.»  
si lo cumplo, noble he sido.  
De modo que dice Dios  
que no mate y tendrá honra,  
y tú dices que deshonra.  
¿Somos cristianos los dos,  
o no lo somos? Yo quiero  
guardar lo que Dios me dice,  
aunque el diablo me autorice  
de mundano caballero.

Ped. Más oye, abren la ventana  
otra ves.

Gui. Ella es.

Dichos. Leonor, a la reja.

Leo. ¿Guijarro?

Gui. Aquí estoy.

Leo. ¿Qué ha sucedido?

Ped. ¿Está ya don Pedro en salvo?

Ped. Aquí está: ¿y mi doña Juana?

Leo. Retirada está en su cuarto  
disputando con el viejo,

con objeto de estorbarlo  
que salga si es que oye ruido.

PED.

Callad.

GUI.

¿Qué hay?

PED.

Siento pasos;

mira la calle.

GUI.

(Mirando afuera.) ¿Alguaciles  
otra vez? Malo y remalo.

PED.

¿Es la justicia?

GUI.

La misma.

PED.

¿Cuántos son?

GUI.

Yo conté cuatro,

y cosa de seis corchetes.

PED.

Pues saber morir honrados,  
o morir en una horca.

GUI.

¿En la horca? Guarda, Pablo;  
defiéndete tú, que yo  
soy un monte de guijarros.

PED.

¿Tú tienes armas contigo?

GUI.

Sí, sí: no te dé cuidado,  
que he de ser Martín Peláez,  
sí tú el buen Cid castellano.

Don Pedro, Guijarro. Leonor, a la reja.  
Escribano, dos alguaciles.

ESC.

¿Sois vos don Pedro Pantoja?

PED.

Yo soy.

LSC.

¿Y vos su criado?

GUI.

*Ego sum.*

ESC.

Vos en latín.

y vos en romance, vamos  
a la carcel.

PED.

Vos y vos  
es lenguaje cortesano.

Suplico a vuestras mercedes  
reparen que soy soldado,  
y que no pueden prenderme.

GUI.

Ni a mí, porque soy guijarro,  
y de todo mi linaje

sargento mayor y cabo.

ALG.

Eso alegraréis después,  
que la orden que yo traigo  
es ponerlos en la carcel.

PED.

Sois ministro muy honrado;  
yo a la justicia venero  
como a brazo soberano;  
pero no podéis prenderme  
por ser noble y soldado.

ESC.

(A los suyos.)

Las espadas les quitad.

¿Tercera vez?

PED.

Tres y cuatro.

ESC.

Os suplico que dejéis  
de seguir lo comenzado,  
porque me he de defender.

GUI.

Y yo con ser un guijarro,

ESC. Matadlos si se defienden.

PED.

Escriba, seor secretario,  
con los rasgos de esta pluma,  
que son muy gentiles rasgos.

(Riñen y don Pedro y Guijarro los echan  
a cuchilladas.)

ESC.

(Huyendo.) ¡Espérate, Belcebú!  
No son hombres que son rayos.  
(Los acuchillan, y vuelven a la escena  
don Pedro y Guijarro.)

Don Pedro, Guijarro. Leonor, tras la reja.

PED.

Has andado como un César.

GUI.

Dos en la calle rodaron:  
déjame salir, que voy  
a matar esos borrachos.

PED.

Bravo estás.

GUI.

Yo empiezo tarde.  
más si en ello doy me paso.

PED.

Cerrado nos han la puerta.

VOC

(Dentro.) Cerrad la casa.

GUI.

Esto es malo,  
¿Qué haremos, señor?

PED.

Morir.

GUI.

Esperad, señor, que acaso  
(Volviéndose a Leonor.)  
si abriera Leonor la puerta,  
pudiéramos escaparnos  
por casa de algún vecino.

LEO.

Es imposible, Guijarro;  
tiene las llaves don Lope,  
y rejas todos los cuartos.

PED.

Salgamos, pues, y riñendo  
veremos si nos libramos.

GUI.

Vamos pues, (Dios sea conmigo)

LEO.

Detente; si no me engaño  
aquí ha de abrirse una cava  
que a casa de un veinte y cuatro  
da.

GUI.

¿Dónde está?

LEO.

Por el suelo;  
busca una losa a este lado  
que tiene en medio una argolla.

PED.

Vela aquí. (La descubre.)

GUI.

¡Jesús! ¡qué salto!

PED.

Ten buen ánimo.

GUI.

Señor.

PED.

¿quieres morir encuevado?  
Mejor es morir así  
que de la iusticia a manos.  
Dios vaya conmigo. (Se arroja.)

GUI. y LEO.

¡Echóse!

GUI.

(Asomándose.)

¡Há señor! ¡Há de allá abajo!

PED.

(Desde abajo.)

¿Guijarro?

Gui. ;Señor!  
 Ped. Arrójate.  
 que por aquí estamos salvos.  
 Gui. Arrójese Satanás.  
 (Ruido y voces dentro.)  
 pero ya llegan los diablos  
 de los corchetes, ministros  
 del infierno y del agarro;  
 y si me cogen, sin duda  
 echaré con los zapatos  
 la bendición en el aire  
 a todo el pueblo cristiano.

Mejor es morir aquí;  
 vaya conmigo San Pablo,  
 San Lesmes y San Pacomio,  
 que son santos ermitaños.  
 Cierra la reja, Leonor,  
 no caigas por mí en el lazo,  
 y adiós, que por tí perezco.  
 LEO. Adiós, y vé sin cuidado.  
 Gui. (Al público.) Señores, por caridad,  
 un padrenuestro a Guijarro.  
 (Se arroja, y al entrar la ronda, etc., etcé-  
 tera, cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

Doña Angela. Doña Juana.

JUA. Angela, quien tiene amor,  
 y es como yo tan constante,  
 juzga que tiene su amante  
 fineza, gala y valor.  
 Si don Diego es tan señor,  
 tan rico y tan principal,  
 no es Pantoja desigual  
 en la sangre, ni le cede.  
 pues sino es tan rico, puede  
 con el tiempo ser su igual.  
 Casarme contra mi gusto  
 ni es cordura ni es prudencia,  
 que semejante violencia  
 siempre ha parado en disgusto.  
 Obedecer es muy justo  
 a mi padre, pero no  
 cuando la elección erró,

que un casamiento forzado  
 lleva el honor arriesgado,  
 y soy muy honrada yo.  
 ANG. Tu bien fundada esperanza  
 bien la sé, que no la ignoro;  
 pero tu noble decoro  
 no le pongas en balanza.  
 Don Diego es noble y alcanza  
 de renta tres mil ducados;  
 tiene deudos muy honrados,  
 y es muy tuyo y te es muy fiel  
 JUA. Pues cástate tú con él  
 y quedaremos pagados.  
 ANG. Yo no trato de casarme  
 con quien no me tiene amor.  
 JUA. Pues si sabes mi dolor,  
 no trates de aconsejarme.  
 ANG. Bien pudieras escucharme  
 pues con tu sangre nací.

JUA. Yo no escucho contra mí.  
 ANG. Las palabras son espejos  
 donde lucen los consejos.  
 JUA. Pues tómalos para tí.  
 ANG. Si tú tuvieras cordura,  
 (y excusa mi justa queja),  
 no estuvieras en la reja  
 mirando una desventura.  
 Pantoja ¡ciega locura!  
 anoche a un hombre mató.  
 JUA. Que don Diego de él huyó  
 tenlo tú por cosa cierta.  
 ANG. Señal que estabas despierta  
 cuando el caso sucedió.  
 JUA. No estragues la cortesía,  
 que no es justo entre las dos:  
 ¿más llamaron?  
 ANG. Me parece.  
 JUA. Mira quién llega, Leonor.  
 Doña Angela, Doña Juana, Guijarro, Leonor,  
 Guijarro, en traje de buhonero francés.  
 LEO. Entra, gabacho.  
 JUA. ¿Quién es?  
 GUI. Juan francés, siniora, só.  
 ¿Cómprame puntas, encaxos,  
 hilo, puntoes ó culor,  
 alfileres, estopillas,  
 o cintillos de valor?  
 JUA. (Ap. ¿Leonor, no es este Gui-  
 jarro?)  
 LEO. (Ap. El es; el mismo, por Dios.)  
 JUA. Yo he menester unas puntas,  
 Juan francés.  
 GUI. Tráigolas yo.  
 ¿Han de ser de frandra?  
 JUA. Sí.  
 ANG. ¿No fuera mucho mejor  
 que fuéramos a una tienda?  
 JUA. Este francés gasta humor,  
 y yo gusto de comprarle.  
 ANG. Buena venta le dé Dios;  
 vóime, que estás enojada,  
 y no has tenido razón.  
 Doña Juana, Leonor, Guijarro,  
 JUA. Guijarro, ¿qué enigma es este?  
 GUI. Ponte a la puerta, Leonor.  
 JUA. ¿Qué hay de nuevo?  
 GUI. Mucho mal.  
 JUA. ¿Pantoja?  
 GUI. Un hombre mató.  
 JUA. ¿Le prendieron?  
 GUI. Lo procuran.  
 JUA. ¿Dónde queda?  
 GUI. En San Antón.  
 JUA. ¿Está herido?

GUI. No está herido.  
 JUA. ¿Se ausentó?  
 GUI. No se ausentó.  
 JUA. ¿Escribeme?  
 GUI. No te escribe.  
 JUA. ¿Olvidóme?  
 GUI. ¿Qué sé yo?  
 JUA. Pues no me mates, acaba;  
 dime lo que sucedió.  
 GUI. Dígame lo sucedido  
 con decir que a mi señor  
 y a mí nos vino a prender  
 de corchetes un millón,  
 de alguaciles mil y uno,  
 de escribanos mil y dos.  
 Hubo doble resistencia,  
 peleé como un león,  
 y mi amo como un tigre;  
 en fin, por mí se salvó,  
 quedando de la justicia  
 libres contra la razón.  
 Salimos por una cueva  
 que Leonor nos mostró  
 a casa de un veinte y cuatro,  
 y desde allí a un bodegón,  
 y desde allí a una calleja,  
 y desde allí vengo yo  
 a decirte que esta noche  
 sin ninguna dilación  
 nos salimos de Sevilla  
 los tres; que ha dicho un doctor,  
 grande amigo de mi amo,  
 que un alguacil y un soplón  
 me andan de noche buscando  
 con intento de que yo  
 confiese culpas ajenas,  
 para vender a pregón  
 mis espaldas al verdugo  
 por suela de *La mayor*.  
 JUA. ¿Mas cómo ha de ser?  
 GUI. Escucha  
 lo que en gran conversación  
 hincados ante dos vasos  
 discurrimos mi amo y yo.  
 JUA. Dí.  
 GUI. Escucha, y ten paciencia  
 para poner atención.  
 El habla y yo le respondo,  
 entiende pues por los dos.  
*El me dice:* doña Juana  
 ha de venirse conmigo  
 esta noche. *Yo le digo:*  
 su voluntad está llana.  
*Y él:* no la puedo sacar  
 de la presencia del viejo  
 sin tu ayuda y tu despejo.  
*Yo:* no te quiero ayudar.

Guiáte por tu capricho,  
que el consejo más venial  
se me vuelve a mí mortal.

El: ¿cómo qué?... Yo: lo dicho.

El: vistete de estudiante,  
véle de un pleito a informar,  
y así me darás lugar  
de sacarla. Yo: adelante.

El: tan bueno es el remedio  
que no puede ser mejor.

Yo: más fácil es, señor,  
que me abra de medio a medio  
la cabeza. El: ¡voto va!

¿Qué riesgo puedes correr  
si mi espada has de tener  
contigo? Yo: bien está:

más si al tiempo de informarle  
del pleito, latín o grlego,  
entrare el señor don Diego...

El: pues si él entra, matarle.  
insisto yo, y él porfia;  
y no hay razón que le concluya  
y se sale con la suya,  
y aquí estoy yo con la mía  
¿Entendiste?

JUA. Entendí.

Gui. Pues dentro de un breve instante  
estará aquí el estudiante

LEO. ¿Con paje?

Gui. Mucho que sí.  
Todo lo cual de contado  
vendrá a parar, doña Juana,  
en que yo vendré por lana  
para volver trasquilado.

JUA. Yo te haré tal recompensa  
A buen hora, ¡voto al sol!

Gui. que oigo al viejo en la escalera.  
Válgate el ingenio.

JUA. ¡No  
que no! pues mis costillas  
lo verán, mediante Dios.  
Gui. ¡Quia comprar puntas y encaxos!

Dichos. Don Lope.

LOP. Hola, buen hombre, ¿quién sois?

Gui. Juan Franchut; ¿no conoserme?

LOP. ¿Qué vendéis?

Gui. Vander color,  
hilo, pontillas, rosarios,  
peines de corno, jibón,  
estoraque, yesca, menjos,  
puntas de flandras, olor,  
azabache.

LOP. Basta ya.

Gui. ¿Vendisteis?  
Nada por Dios,  
ser todos en casa vuestra

tan ruines como un piñón.

¿Quia comprar pontas y encaxos?

Al marcharse se da con don Diego, que entra.

Dichos. Don Diego.

DIE. Hola, buen hombre, ¿quién sois?

Gui. (Esta es otra.) Yo, sinior,  
Juan Franchut.

DIE. ¿De qué nación?

Gui. Sinior, ser de Picardía,  
que es de Francia la mecor.

DIE. ¿Con que francés, eh? (Mirándole.)

Gui. Franchut,  
oui monsiur. (Perdido soy.)

DIE. Como que he visto yo a este hom-  
(bre

Gui. ¿Querer vosté, mi sinior,  
algunos peinas de corno?

DIE. Vos sois francés como yo.

Gui. Oui, ser franchut qui monsiur.

(Conocióme el picarón.)

¿Qué diablos mirar a moa

coquen, sinior español?

Juan Franchut ser: ¿qué que-  
(rreme?

¿Ser yo acaso algún latrón?

viva Cristus que le mate.

¿Quia comprar pontas hulo,  
hilos, pontillas, encaxos...

(Vase gritando.)

LEO. (A doña Juana.)

Lindamente se escapó.

DIE. Perdonad, yo vengo luego,

que me lleva la pasión

de mis celos a saber

si Pantoja se ausentó. (Vase.)

LOP. Leonor, salte allá fuera.

LEO. Sermón tenemos. (Vase.)

don Lope. Doña Juana,

LOP. El dolor quistera  
no esprimir: esperar viva mi  
[honra

y muera mi deshonra,  
que la acción más lucida

es por tener honor perder la  
[vida.

(Llevémoslo por bien, que la pru-  
[dencia

es hija del valor y la paciencia.)  
Hija, diversas veces he tratado

de que tomes estado  
conforme a tu nobleza: cuerda

[eres

y las nobles mujeres  
que quieren más su gusto que su  
[honra

halagan su deshonra.

Dícame que Pantoja dió la  
(muerte)

anoche ¡oh triste suerte!  
a un hidalgo vecino de don Diego,  
y que vasalla tú de su amor ciego  
el estrago mirastes;

y aseguran que hablastes  
a Pantoja: yo dudo esta bajeza  
conociendo tu honor y tu nobleza  
Don Diego es hombre rico y es  
[honrado,  
el vulgo está del caso aborotado  
mi honor padece mucho detri-  
[mento,

tu fama poco aumento;  
y así te notifico desde luego  
que ha de ser tu marido

JUA.

¿Quién?

Don Diego.

JOP.  
JUA.

Después de muerta puedes des-  
[posarme.

que viva no es posible condenar-  
[me

a vivir con un hombre que abo-  
[rrezco,

y tan grande castigo no merez-  
[co.

JOP.

Brevemente ¡por Dios! has res-  
[pondido,

pero pues dices que Don Diego  
[ha sido

en tu amor desdichado  
declárese conmigo tu cuidado.

¿Quieres que hable a Pantoja, a  
[un hombre loco,

soldado, fanfarrón, tenido en  
[poco;

hombre que sin respeto, ley ni  
[tasa

se portó como bárbaro en mi  
[casa?

Pobre, libre, alentado,  
por una y otra muerte desterrado.

vuelve en tí, no te ciegue tu de-  
[seo.

JUA.

Que es tan pobre Pantoja ya lo  
[veo,

pero en sangre, en valor y encor-  
[tesía

es comparar la noche con el día.  
¿Quiéresle como esposo? hábla-  
[me claro.

JOP.

Señor, tú eres mi amparo.  
Yo le tengo afición.

JOP.

Pues yo no gusto,  
y tengo de evitar este disgusto

Y pues te has declarado,  
dentro de una hora has de elegir  
[estado

JUA. Con don Diego jamás, antes la  
[muerte.

JOP. Pues lo que hace repara,  
porque una de dos será tu suerte,  
O de don Diego o monja de San-  
[ta Clara.

JUA. Acepto lo segundo.

JOP. Allí renunciarás amor y mundo.  
Piénsalo bien, que dentro de una  
[hora

veré tu decisión.

JUA. Pues desde ahora  
la llevas ya sabida.

JOP. ¡Esta mujer me quitará la vida!  
Doña Juana. Después Leonor.

JUA. ¡Ay de mí! me martirizan  
porque quiero a un hombre bien,  
cual si pudiera regir  
a mi corazón por él.

JOP. (Saliendo.)  
Parece que va tu padre  
y tú lo quedas también  
con disgusto: ¿qué hay de nuevo?

JUA. Ay Leonor, ¿qué ha de haber,  
sino penar y morir  
porque quiero a hombre bien!

JOP. ¿Quiere casarte tu padre  
con don Diego? Hubo desdén,  
hubo aquello de yo gusto  
y mira cómo ha de ser,  
hay plazo, término o día  
para que lo mires, ¿eh?  
hubo su poco de acaba  
o mataréme, cruel,  
y aquello de tú me quieres  
deshonrar en la vejez.  
dime, ¿qué dijo tu padre?

JUA. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

JOP. Dijo, Leonor, que me den  
de muerte mis pensamientos,  
pues todas fueron ayer  
torres de fe y esperanza,  
y hoy humo y polvo se ven.  
Dijo que don Diego fuese  
de mi garganta cordel,  
de mis gustos enemigo,  
de mis intenciones juez,  
parca de mi tierna vida.  
Devanada de una vez  
en el ovillo tirano  
de su voluntad cruel.  
Dijo, en fin, que me reduzca,  
Leonor, a ser su mujer,  
que es lo mismo que ahorcarme

con esa lazada infie!  
que ahoga los matrimonios  
cuando forzada se ve.  
Dijo que fuese Pantoja  
desalojado también  
del corazón; mas no supo  
que está tan constante en él,  
que primero su volante  
dará el último vaivén  
que salir de esa morada  
por mi espontáneo querer.  
Pero por qué me detengo  
en referirte qué fué  
lo que me dijo mi padre  
cual mudo cometa, que  
pronostica en el futuro  
que no ha de parar en bien  
el honor que le apadrina.  
relámpago que al prender  
pequeña chispa, despide  
todo el rayo de una vez.  
Mas llueva el cielo desdichas,  
que yo la misma he de ser  
en adorar a mi amante  
aunque de su alto dosel  
rayos me arrojen las luces  
y sus centellas me den  
en renglones de diamantes  
desventuras al nacer.  
Pues cuando llega una dama  
a querer bien una vez,  
gala hace de la desdicha,  
de la muerte parabién,  
pendón de su infausta suerte  
y su alcázar de su fe.

LEO. Bien dices, muy bien, señora,  
mas pronto va a oscurecer,  
y tu padre va a volver:  
vamos a otra cosa ahora.

Si París te ha de robar,  
sea, señora, esta noche  
y sea a pie, que no en coche,  
porque esto de trasplantar  
a una Elena en un troyano  
edificio atrozador,  
es ir llevando el honor  
rodando de mano en mano.

JUA. Pantoja ha de dar la traza.

LEO. Dificultosa ha de ser,  
que este ángel de Lucifer,  
tu prima, nos embaraza.  
Si esta prima se quebrara  
por medio, fuera gran cosa.

JUA. Es pobre necia, enfadosa.  
LEO. ¿Necia? En tu dicho repara.  
necedad llamas a ir  
tres de tí de guarda eterna;

pues tu padre se ~~gustará~~  
por ella.

JUA. Tú has de seguir  
como sombra a esa mujer.

LEO. No la perderé de vista  
hasta acabar la conquista  
de este troyano poder.  
Mas digo: ¿he de ser robada  
también yo del palidión  
guijarriista, ese trotón  
caballo?...

JUA. Leonor amada  
pues ¿puedote yo dejar?

LEO. Alto, pues, robe este día  
el París de Picardía  
a esta Elena de fregar.

Doña Juana, Leonor, Don Lope, Doña Angela.

LOPE. Vendrá a las siete don Diego  
a firmar las escrituras.

LEO. (Si no se quedan a oscuras.)

ANG. Pues consiste tu sosiego  
en dar estado a mi prima,  
decreto de amor tan justo  
no irá, no, contra tu gusto,  
pues como a padre te estima

JUA. Pues me toca obedecer,  
hable el silencio por mí.

LOPE. Siempre esperé yo de tí  
tan honrado parecer.

LEO. (Como mi amo es letrado  
se muere por pareceres.)

LOPE. Cuando las nobles mujeres  
alcanzan marido honrado,  
noble, rico y principal...

LEO. (Tal le dé Dios la salud.)

LOPE. Es premio de su virtud.

LEO. A un marido ciudad real  
dos mil esposas le prenden.  
Bartolo lo dice así,  
digo Bártulo.

JUA. ¡Ay de mí,  
que hasta las sombras me ofen-  
den!

(Ap.) (Vete a la puerta, Leonor,  
que va anocheciendo ya.)

LEO. (Ap.) Dices bien, París vendrá  
con el caballo traidor.

Voy a robar este pez,  
pues me roban de contado;  
pero quien tanto ha robado  
deje robarse una vez. (Vase.)

LOPE. ¿Ningún pleiteante vino  
a buscarme?

ANG. Vino Octavio  
por su pleito, y vino Fabio.

LOPE. Es sujeto peregrino.

ANG. Don Octavio se fué luego  
LOPE. Si otro me viene a buscar  
será bien dejarle entrar  
hasta que venga don Diego.

Dichos, Leonor,

LEO. Don Antolín Garapiña,  
hombre, al parecer, muy docto,  
si para serlo se mira  
a la gravedad del rostro,  
quiere informarse de un pleito  
si le dais licencia.

LOPE. Solos  
dejadnos. Que entre, Leonor,

Don Lope, Guijarro, de estudiante, Don Pedro,  
de criado suyo,

GUI. Cosme, Cosmillo, hola, mozo,  
aguardame en el zaguán.  
Señor, único piloto. (A don Lope.)  
que el barco de la justicia  
guía en el mar borrascoso  
y en la noche de las leyes  
(donde se ahogan tantos tontos)  
sacerdote del derecho,  
oráculo misterioso  
del laberinto de Baldo  
y del gran Bártulo asombro,  
deme mil veces los pies.  
LOPE. Por suyo me reconozco;  
tome usarced una silla,  
y escusando los piropos  
dígame de qué le sirvo.

(Se sientan.)

(Durante esta escena, don Pedro atraviesa  
el teatro con mucho tiento por detrás de don  
Lope y Guijarro y entra en las habitaciones  
interiores de la casa. Volviendo a salir a su  
tiempo con doña Juana y Leonor, que es  
cuando Guijarro se levanta para estorbar a  
don Lope que vea a don Pedro que se lleva  
a su hija.)

GUI. Yo, señor, soy de Torozos.  
lugar que linda tres pasos  
con la gran ciudad de Toro.  
Don Antolín Garapiña  
es mi nombre, nombre propio;  
pues vengo por línea recta  
de los Antolines gordos,  
grandísimos garapiños  
de los solares de Colcos.  
Vengo a informarle de un pleito;  
suplicole abra los ojos,  
porque es de mucha importancia.

LOPE. Con mucha atención os oigo.

GUI. Pues señor, yo me casé  
con doña Aldonza Zorongo,

de trece años, y hube en ella  
a doña Anica Repollo,  
hermosísima doncella  
según dijeron los novios  
Esta, señor licenciado,  
sin decir oste ni osto,  
se enamoró de don Lucas  
Valantín, hombre tan loco  
que me la sacó de casa  
después del postigo roto,  
LOPE. En eso parán las hijas  
que tienen al padre en poco.  
GUI. En eso parán, señor;  
mas que parán para otro:  
hay en aquesta ciudad  
un don Atanasio Folio  
que tiene un hijo nombrado  
don Quiterio Marco Antonio.  
Este a voces dice que  
probó primero el repollo  
que don Lucas, pero luego  
un don Jilardo Galopo,  
hombre de capa y espada,  
se puso con él al robo,  
diciendo que entró.

LOPE. Despacio.

GUI. Iréme muy poco a poco.

LOPE. Usted dice que don Lucas,  
don Quiterio y el Galopo  
son los tres opositores  
de este robado repollo,  
¿no es así?

GUI. Es, y no es;  
iréme muy poco a poco.  
Yo, señor, quiero casarla  
con un Alberto Redondo,  
hijo del mesmo Quiterio  
y primo hermano del otro.

LOPE. ¿Cómo la puede casar,  
si el padre se opone y todo?  
Ese es el punto.

GUI. Despacio.

GUI. Iréme muy poco a poco.

LOPE. ¿El primero se desiste?

GUI. ¿Desistir? de ningún modo.

LOPE. ¿El segundo la pretende?

GUI. Pretendida está de todos.

LOPE. ¿El tercero qué declara?

GUI. Que la debe su negocio.

LOPE. Y ella ¿qué dice?

GUI. Que miente.

LOPE. ¿A quién se inclina?

GUI. Al Redondo.

LOPE. ¿Cómo si se opone al padre?

GUI. No es él, el padre es el otro.

LOPE. ¿Quién es el otro?

GUI. Es aquel

que la sacó por el robo.  
 LOP. No lo entiendo.  
 GUI. En eso estriba;  
 iréme muy poco a poco.  
 ¿Quién gozó esta dama?  
 Lucas.  
 LOP. ¿Casóse?  
 GUI. De ningún modo.  
 LOP. ¿Pídele ella la palabra?  
 GUI. Quien la pide es el Galopo.  
 LOP. ¿Y su hija gusta de ello?  
 GUI. Ya gustó del matrimonio.  
 LOP. ¿De esta suerte fué casada?  
 GUI. Fué casada por divorcio.  
 LOP. ¿Pues con quién quiere casarse?  
 GUI. Con el hijo de Redondo.  
 LOP. ¿Cómo, si la quiere el padre?  
 GUI. Qua no es el padre, es el otro.  
 LOP. ¿Quién es el otro? ¿Qué es esto?  
 GUI. Iréme muy poco a poco.  
 LOP. ¡Válgame el diablo por pleito!  
 Sepamos. ¿Quién es el novio?  
 GUI. El novio es Lucas.  
 LOP. Si es Lucas,  
 ya le echa fuera el divorcio.  
 GUI. Decís bien, llevóle el diablo.  
 LOP. No lo nombre.  
 GUI. No lo nombro.  
 LOP. Vamos ahora al Quiterio.  
 Ese gustó del repollo;  
 pues bien se puede casar.  
 GUI. Casará con los demonios,  
 porque el Redondo lo impide.  
 LOP. ¡Es un incesto notorio  
 habiendo llegado al padre!  
 GUI. Que no es el padre, es el otro.  
 LOP. ¿Quién es el otro? ¿es el diablo?  
 GUI. Iremos muy poco a poco.  
 (Levántase don Lope muy amostazado, y Gui-  
 jarro, levantándose, se le pone por delante  
 para que no vea a don Pedro, que cruza la  
 escena con doña Juana y Leonor.)  
 Míre usted, señor letrado,  
 un ciego verá este robo.  
 De esta suerte me robaron  
 mi hija.  
 LOP. Muy bien, lo oigo.  
 GUI. Esté atento por su vida,  
 que ahora es tiempo. Este mozo  
 es hijo de don Quiterio,  
 don Quiterio es el Galopo,  
 el Galopo es Latanasio,  
 Latanasio me hizo el robo:  
 de forma, que aquél y éste,  
 mi hija, el uno y el otro.,  
 LOP. Quedo, quedo, ¡que me aturda!  
 GUI. Iréme muy poco a poco.

(Al llegar a la puerta de la derecha doña Juana, don Pedro y Leonor, sale por ella don Diego, su criado y otros.)

Don Lope, Guíjarro, Doña Juana, Leonor,  
 Don Pedro, Don Diego, Criados y otros.

DIE. ¿Quién es? (Don Pedro se recata.)  
 LEO. Señor, don Diego.  
 GUI. (Perdimos el pleito todo, (Aparte)  
 DIE. ¿Quién va digo?  
 LOP. (Volviéndose.) ¿Qué es aquesto?  
 GUI. Debe de ser otro robo.  
 LOP. ¿Esta deshonra en mi casa?  
 ¡Fabio!

LOP. Retírense todos.  
 o voto a Dios de matarlos.  
 JUA. ¡Valedme, cielos piadosos!  
 PED. No temas, que de esta suerte  
 podemos poner en cobro  
 tu honor, tu vida y la mía.

(Sacan las espadas, don Pedro mata la vela  
 y riñen a oscuras.)

LOP. ¡Octavio! ¡Alberto! ¡Socorro!  
 PED. Aunque llamaras al mundo  
 entero, sería poco  
 para mi brazo.

GUI. Señor,  
 no me dejes aquí solo.

PÉD. Ven, mi bien. (A doña Juana,)

JUA. Vamos, Leonor.

(Encuentra don Pedro la puerta, que ha bus-  
 cado a tientas, y vase por ella con doña  
 Juana, a quien tiene de la mano, y Leonor  
 que va asida de su vestido, Guíjarro se  
 queda tentando las paredes, y sale doña  
 Angela con luz y criados.)

Don Lope, Doña Angela, Don Diego,  
 Guíjarro, Criados,

ANG. ¿Señor, qué es esto?

LOP. Un oprobio  
 en tu sangre y en la mía.

DIE. Ganaron las puertas todos,  
 y así, señor, se escaparon;  
 pero ¡qué miran mis ojos!  
 ¿quién es aqueste estudiante?

(Llegan los criados y descubren a Guíjarro.)

GUI. Soy Antolín Garapiña.

DIE. Este lo ha enredado todo,  
 que es criado de Pantoja.  
 Matadle a palos.

GUI. Yo tomo  
 de partido cuatrocientos.  
 (Danle de palos los criados.)  
 ¡Quedo! con treinta demonios  
 que yo diré la verdad.

LOP. Dejadle, que yo le otorgo

la vida si nos lo dice,  
y veinte escudos de oro.  
GUI. En palos llevo quinientos  
vénganse conmigo todos.  
DIE. La vida te va, Guijarro.  
GUI. De burlas es el negocio;  
vamos aprisa, que importa,  
señor don Diego, y no poco,  
porque si nos detenemos  
en aquestos circunloquios,  
habrán cerrado los dos  
con el santo matrimonio.

(Vanse por la puerta de la derecha que da a la calle, y salen por la que da a las habitaciones y jardín, don Pedro, doña Juana y Leonor.)

Don Pedro Pantoja, Doña Juana, Leonor.

PED. Parece que no llegamos  
mi bien, a puerto seguro,  
y en vano el valor fué muro.  
LEO. En mala borrasca estamos.  
JUA. ¿Mas no hay nadie aquí?  
LEO. (Asomada á la ventana.) ¡Qué veo!  
por la calle abajo van  
corriendo con mucho afán  
todos.

PED. Buscándonos creo,  
tu casa, pues, doña Juana,  
seguro nos ha de ser,  
aquí te he de defender  
de toda la raza humana.  
Cierra esas puertas, Leonor,  
y la del jardín también,  
por ella dentro no den  
los del buen gobernador.

(Leonor va cerrando las puertas, y sale y vuelve a poco.)

JUV. ¿Con que era el duque?  
PED. Sí, él era:

y era suerte más propicia,  
que entregarte a la justicia  
que a tu casa te volviera;  
tu casa encontrado habemos  
sin gente, y por decontado,  
sea por fuerza o de grado,  
que capitule le haremos.

(Que sale.) Todo está cerrado ya.  
LEO. ¿Y cuando vuelvan?

PED. Primero  
concederán lo que quiero,  
o la casa se arderá.  
Mas por Guijarro en cuidado  
estoy; quedó sin mi ayuda.

LEO. Guijarro estará sin duda  
en Palermo aposentado.

PED. Los pareceres ajenos

no le podrán defender.

LEO. El fué a tomar parecer  
de si eran los palos buenos.  
PED. Con acuerdo de letrado  
tendrá sentencia en favor.  
LEO. Yo sé que saldrá, señor,  
en las costas condenado.  
PED. Son sus cascos indigestos  
y algo obtusos sin sentidos.  
LEO. Pues ahora traerá metidos  
en la cabeza los textos.

Dichos, Guijarro.

GUI. (Por la reja.)  
Hola, ábrame.

LEO. Ya nos llueven  
guijarros.

(Leonor abre a Guijarro, que entra arrojando el vestido de estudiante.)

PED. ¿Qué hay, buen amigo?

GUI. ¡Cuerpo de Cristo conmigo!  
¿Qué hay? Los diablos que me  
[lleven.]

PED. ¿Por qué dentro te quedastes  
pudiéndome seguir? Di.

GUI. Porque yo te sirvo a ti,  
y porque tú me dejaste.

PED. ¿Vienes herido?

GUI. Que no.  
PED. ¿Qué traes? dime lo que fue.

GUI. Traigo lo que yo me sé,  
y lo que el diablo ordenó.

PED. ¿Cómo entraste, que te vi  
como grulla en centinela?

GUI. Entré, señor, a la vela,  
y a puro remo salí.

LEO. ¡Cómo vienes! (Mofándole.)  
GUI. (Amostazado.) Ya lo ves.

LEO. Parece que estás enfermo.  
GUI. Vengo duque de Palermo  
de la cabeza a los pies.

LEO. Grandeza traes excesiva;  
y fué a prueba de pleito, ¿eh?

GUI. A prueba no, porque fué  
paliza definitiva.

LEO. Y cómo escapaste, di,  
a uña de potro...

GUI. Dejallo;  
no fué a uña de caballo,  
mas a uña de palo si.

LEO. ¿Y hubo encomio de lomos?  
¿Y hubo por qué me maltratan?  
¿Y hubo aquel de «que me ma-  
[tan?]

¡Y hubo espadas, y hubo pomos,  
y hubo riesgos hacia el padre  
que te pescó sin anzuelo!

GUI. Hubo el ladrón de tu abuelo,  
y la perra de tu madre.  
PED. Dejémonos de locuras,  
y acaba: ¿qué sucedió?  
GUI. Qué he de decir, ¡voto a cribas!  
En Turquía no se usó  
lo que tú usastes conmigo.  
PED. ¡Yo pude hacer más por Dios!  
GUI. Bien pudieras escusar  
la siniestra información  
del pleito de Garapiña,  
cuyo parecer, señor,  
lo han pagado mis costillas:  
y fué el milagro mayor  
de zafarme de las manos  
de tanto infame sayón.  
PED. ¿Y cómo hicistes?

GUI. Diciéndoles  
que se vinieran en pos,  
y te pondría en sus manos;  
y a puñada y mojiçón  
al revolver San Francisco  
desaparecime veloz:  
pasé por ante esa reja.  
os vi, os llamé, y aquí estoy.  
pero el cuidado que traigo  
es que un pícaro soplón,  
que se vende por tu amigo,  
allí entre ellos se quedó  
diciendo que con la novia  
te vió en la calle, señor.

JUA. ¡Ay, Pedro! perdidos somos.

PED. Ya lo remediaré yo.

GUI. Ya suben las escaleras.

JUA. Perdidas somos, Leonor.

PED. Guijarro, en el aposento  
que tiene ese corredor,  
guarda a estas damas al punto

GUI. Ved que ese aposento estoy  
en que da a casa del duque.

PED. No te detengas, que yo  
los detendré, como a quien  
va en ello vida y honor.

GUI. Pues en dejándolas, vuelvo  
armado como un león  
para morir a tu lado.

PED. Aquí aguardándote estoy

Don Pedro.

Cierro esta reja, y espero  
con valiente corazón  
a ceder para obligarles,  
o a perecer por mi amor.  
(Dentro.) ¡Aquí están!

VOCES  
OTROS

Aquí les vimos.

LOP. (Dentro.) Dejádme, que tengo yo  
picaporte de esa puerta.

PED. Ya llegó el trance, valor.  
(Abrese la puerta, y entra don Lope, a quien  
detiene don Pedro poniéndole la espada  
al pecho.)

Don Pedro, Don Lope. Un momento después  
Don Diego, Escribano, Alguaciles, Gente.

PED. Alto, buen viejo: primero  
que entréis en este salón  
quiero advertir que de él  
sólo pienso salir yo  
o esposo de doña Juana,  
o muerto a vuestro furor.

LOP. ¿Su esposo tras esta afrenta?

nunca será ¡vive Dios!

PED. Pues de ese modo, adelante  
(Entra don Diego y los demás.)

DIE. Este es Pantoja.

LOP. Mi honor estriba ya, caballeros,  
en que muera este traidor.

DIE. Muera Pantoja.

PED. ¡Tú mientes!  
y hombres de mi corazón  
sólo mueren de esta forma.

(Ciérranse a cuchidas y riñen. Don Pedro va  
cejando defendiéndose. Guijarro sale, y  
va a ponerse a su lado.)

TODOS. ¡Muera!

LOP. Acabadle.

GUI. Aquí estoy,  
como un Bernardo, a tu lado.

(Sale el duque de Arcos armado, con banda  
y bastón, y gente con él.)

Dichos. El duque de Arcos.

DUQ. Ténganse al rey.

GUI. ¡Santo Dios!

El duque de Arcos es este.  
(Tiénense todos y se descubren.)

LOP. } Cielos, el gobernador.

DIE. }

DUQ. Tantos contra un hombre solo:  
merecía tal traición  
que a todos os empalara  
por tan cobarde rigor.  
¿Quién sois? (A don Pedro.)

PED. Un criado vuestro,  
que al rayo de vuestro sol  
recibe luz.

DUQ. Levantaos;  
que quien tan bien peleó  
no es digno de estar de hinojos  
ante mí: decid quién sois,  
y cual fué vuestra querella.

PED. Don Pedro Pantoja soy,  
cuya juventud briosa  
centella de Marte ha sido

con ayuda de esta hoja.  
Estudié letras humanas,  
más con efición tan poca,  
que al cabo cambié mis libros  
con espadas y pistolas:  
y obró en mí tan fuertemente  
esta inclinación heróica.  
que he tenido más pependencias  
que tienen mis días horas.  
Por no cansarte, señor,  
callo hazañas portentosas  
que me han dado honor y fama  
en provincias muy remotas:  
pues sobre tirar la esgrima  
parias me rinden con honra  
el diestro Gil Campuzano  
y el valiente Juan de Lorça.  
Quise a doña Juana, hija  
de don Lope de Mendoza,  
que está presente, pedísela  
para mujer, y negómela  
por dársela por más rico  
al comerciante Gamboa.  
Quísela sacar de casa  
siendo ella misma gustosa,  
cuando con deudos y amigos  
Gamboa llegó a deshora  
traidoramente entre muchos  
a darme muerte afrentosa.  
Me defendí como vistes,  
donde concluyó mi historia  
poniendo a tus pies mi vida,  
rogándote que dispongas  
de esta espada y de este brazo,

siendo de tanta discordia  
el iris de la grandeza,  
el anal de esta memoria,  
el sol de aquestas tinieblas,  
y el amparo de mi honra.

Duq. Señor don Lope, no hay vida  
que valga el honor: Pantoja  
es honrado, y yo le doy  
para casarse mil doblas,  
que pues vuestra hija le quiere,  
mucho a vuestro honor importa.  
Lop. Señor, que es un libertino.  
Duq. ¡Basta, por Dios! qué cuando

[otra  
razón no hubiera, casárale  
vuestra conducta alevosa  
para castigar severo:  
y entended bien desde ahora  
que para quien sois vosotros  
es don Pedro muy de sobra.

Dichos, y sale Guijarro, que trae de la mano  
a doña Juana y a Leonor.

Gui. Y pues todo se compuso,  
aquí tenéis a la novia.

Ped. ¡Mi Juana! (Se abrazan.)

Jua. ¡Pantoja mío!

Gui. (Al público.)

Y ahora, si a mal no lo toman  
vuestras mercedes, señores,  
por dos palmaditas flojas  
les enviaré papeletas  
para asistir a la boda.

FIN DE LA COMEDIA



Que Paco peca poco, se asegura, a pesar de que Paco es hombre rico y de que tiene Paco mucho pico. Pues presto Paco, peca está segura, rendido á la belleza de las hembras que usan jabón y crema PECA-CURA. Jabón, 1,50.—Crema, 2,40.—Polvos, 2,40.—Agua cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,50, 5,50, 9 y 15 ptas., según frasco.—Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

**ULTIMAS CREACIONES**

Productos Serie «Ideal»

**ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN.**  
Jabón, 3.—Polvos, 4.—Locion, 4,50, 6,50 y 20.—Esencia para el pañuelo, 18 ptas. Frasco con estuche.

**CORTÉS HERMANOS,  
SARRIA (BARCELONA)**

**STILOGRÁFICAS**

Millares donde elegi.  
desde 1 a 300 pesetas

**Casa MOZO** Alcalá, 9  
MADRID

**LA MARIPOSA**

PRODUCTOS SELECTOS DE  
**PERFUMERIA**  
MAGDALENA 18

**Fotografía BIEDMA**

CALLE DE ALCALA, 23  
Teléf. M-730. — Hay ascensor.

**Limpie Vd. los  
metales con**

**“AERO”**

**y brillarán más  
que el oro.**



**¡EUREKA!**

ES EL MEJOR  
CALZADO

**Nicolás M. Rivero, 11  
MADRID**

**Sastrería de J. CANAL**  
Hechura y reforma



Seadmitei generos  
**P.ª Dos de Mayo, 10**

**PUEDE AHORRAR MUCHO DINERO**

si antes de comprar muebles y objetos para su casa visita el

**HOTEL DE VENTAS, ATOCHA, 34**

Precios sin competencia. Entrada libre. Guarda-  
muebles.—Se compra toda clase de muebles.

# LOS ANIMALES



Esta instructiva colección infantil, en la que se describen de una manera de tallada y amena, las costumbres de las fieras y animales salvajes, se divide en

## 32 CUADERNOS

primorosamente editados, con bellas portadas en tricolor, consagrando cada uno de ellos a un animal diferente, a saber:

- |                |                  |                  |                 |
|----------------|------------------|------------------|-----------------|
| 1.—León.       | 9.—Oso.          | 17.—Caballo.     | 25.—Pingüino.   |
| 2.—Mono.       | 10.—Ciervo.      | 18.—Perró.       | 26.—Lagarto.    |
| 3.—Elefante.   | 11.—Onguro.      | 19.—Hipopótamo.  | 27.—Murciélagó. |
| 4.—Tigre.      | 12.—Lobo.        | 20.—Jirafa.      | 28.—Hormiga.    |
| 5.—Aguila.     | 13.—Serpiente.   | 21.—Binoceronte. | 29.—Leopardo.   |
| 6.—Cocodrilo.  | 14.—Gato montés. | 22.—Tortuga.     | 30.—Hiena.      |
| 7.—Dromedario. | 15.—Bisonte.     | 23.—Rata.        | 31.—Abeja.      |
| 8.—Avestruz.   | 16.—Foca.        | 24.—Rana.        | 32.—Ballena.    |

**Precio del cuaderno: 20 céntimos  
NO SE ACEPTA EL PAGO EN SELLOS**

**PIDANSE A CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACIÓN, CALVO ASENSIO, 3. -- MADRID**